

WALDO PÉREZ CINO
El amolador

bokeh ✱

Primera edición en Bokeh, 2012 (Antwerpen: Bokeh)
Segunda edición en Bokeh, 2015 (Leiden: Bokeh)

© Waldo Pérez Cino, 2011
© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2011
© Bokeh, 2012, 2015

ISBN: 978-94-91515-11-8

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

SOMBRA LARGA

La cuestión de la perspectiva. La tremenda cuestión de la perspectiva. O algo así. En cualquier caso, una cuestión desdibujada por el sueño. La cuestión o el problema de la sombra, alargada como los contornos de una isla demasiado conocida. Mangle y cetrería, mangle y cayería donde figuren, como en un sueño, los colores del abismo. Algo así escribía Serraud poco antes de abandonar, despedida sin vuelta la suya, para siempre la isla.

Su sombra es larga, reza una frase que declara influencias de mucho alcance: la relación de un pasado –de algo pasado, acontecido o transcurrido en pasado– con el presente, de un poeta con sus sucedáneos, de un muerto con los vivos. De lo que nunca pensamos posible en quien amamos, lo que nunca debió pasar. De una guerra con sus sobrevivientes, cosas por el estilo.

El posesivo casi siempre alude a lo que no se puede nombrar.

Ejercicio de alcance sordo, el suyo, que superpone –o más bien que solapa, hace encajar una en la otra– la per-

manencia de lo que sigue presente y la porosidad, la permeabilidad de todo aquello que quepa o quede a cubierto bajo manto tan amplio.

El 11 de agosto de 1972, poco antes de su partida definitiva de Cuba, Serraud escribía en su diario:

Alargada es la sombra que promete o cumple sometimientos, que pone en escena –como Murnau a Nosferatu: sin mostrarlo del todo, escamoteándolo– el espectro de un duelo presente o por llevar. De un duelo inconfesable, teñido a veces por omisión y a veces por exceso de un dolor que no puede mostrarse pero a cambio sí prometerse, pero sí –bajo esa larga sombra– aparecer como si hubiera sido nombrado, figurarse.

Aunque no explícita, esa alargada sombra suele acotar terrenos en los que de alguna manera velada, sobre los que de algún modo tácito campa lo sórdido. Lo sombrío.

Hay unas cuantas novelas que con mayor o menor suerte llevan en el título la frase, pero no he leído ninguna.

Cuando Serraud dejó La Habana sabía bien que no iba a regresar. Pero eso no importa ahora, como tampoco importan ahora lo biográfico ni las sombras, de otra índole aquellas, que han ocultado durante décadas su obra ni las que ahora la desempolvan (otro ocultamiento, un ninguneo distinto) en la academia. Cuando el cine estaba todavía inventándose a sí mismo, hizo de la sombra –de sombras alargadas, siluetas chinescas, sombras chinas– un vehículo del horror que no se puede mostrar. Es gesto expresionista ése y como bien advertía Serraud entonces los brazos, las garras de Nosferatu no son más

que la exacerbación de su sombra, su prolongación por otros medios.

Esa exacerbación es pareja o proporcional al horror que esa representación sucedánea vendría a ahorrarnos.

Una sombra que si fuera la del día sería la de un día de invierno al final de la tarde, pero que cabe suponer de una bujía proclive a la deformación o al kitsch. Toda la propaganda de guerra que ha usado luego el motivo de la sombra que se cierne y amenaza para figurar al enemigo, o lo que es lo mismo, para prevenir sobre el Mal –esto es: aquello de lo que debemos cuidarnos, de lo que hay que hacer tenteallá con ajo y crucifijo o si se terciá con hoces y martillos o svásticas– se ha disculpado a sí misma la cuestión del ridículo, se ha ahorrado condescendiente la cuestión del ridículo para poner el acento en esa urgencia de peligro, en el aviso de ignominia que proclama aquella sombra china que se cierne sobre su interlocutor. Que se cierne sobre la probable víctima en cambio, virtud de la sombra aspavientada, ahora sobre aviso.

Una urgencia, claro, que elude mostrar aquello de lo que previene. Sombra larga del lobo sin lobo.

VOLVER A ESCRIBIR

Todo hace tiempo que está varado en lo mismo, dijo.

Volver a escribir, dijo, tiene muchas veces algo de magia o de arranque. No sé por qué, pero supusimos enseguida que sería o habría sido escritor el tipo: hablaba de escribir como si en ello le fuera la vida o supiera muy bien de qué hablaba, como si en lo que decía hubiera oculto un sentido tremendo y a la vez antiguo, reposado. Un secreto. Así que Vera pidió otras dos copas de vino blanco para nosotros y una de tinto para él, y lo escuchamos un rato.

A veces hay épocas, como ésta misma, dijo, en que no escribo. Pasan los días, las semanas, pasan los meses y no escribo. Viajo o busco trabajos de supervivencia, me agencio empleos en puertos o en la construcción, cosas así. A veces atravieso dos o tres países en trenes que voy cambiando de estación en estación (se rió), sin pagar los billetes, es decir, sin billete. De polizón en círculos, en líneas que vuelven a veces sobre sí mismas. Eso no importa. Es cierto que eso no importa, pero ¿quieres sabes una cosa que importa? Tienes, me lo dijo a mí pero mirando a Vera —mirándola con respeto, sí, sin duda, pero con algo que podría inquietar, también—, una mujer muy atractiva. Es usted muy atractiva, amiga mía... Y de nuevo a mí:

¿Sabes que es bella? Ella lo sabe, dijo (Vera en cambio no dijo nada y medio que se turbó, y me tomó la mano bajo la mesa y sonrió con algo de distancia, tímida Verushka).

A lo que iba: volver a escribir ocurre poco una vez que se ha dejado de hacer. Poca gente puede hacer lo que yo, dijo, pero lo dijo sin que hubiera orgullo ni alarde en la frase, más bien parecía haber algo de resignación o incluso de cansancio. Poca gente puede parar y retomarlo luego como si nada. Es casi como los alcohólicos que vuelven a beber, que realmente nunca han dejado de beber. O como alguien que miente y se promete no hacerlo pero realmente, realmente, sigue bebiendo. Mintiendo. Pasa lo mismo, pero le pasa a pocos, dijo.

Luego se levantó, avanzó unos pasos todavía con la copa en la mano y se asomó a la puerta del bar. Afuera seguía lloviendo y pensamos que iba a desaparecer en la lluvia, a perderse en el aguacero (Vera me hizo un gesto con las cejas), pero el tipo simplemente se asomó, miró hacia fuera, volvió a la mesa y preguntó si podía estarse un rato ahí con nosotros, No, gracias, otra copa de vino sería demasiado. Por supuesto, dijimos, claro que sí. Y Vera intentó conversar pero ya el viajero no dijo más nada. Más tarde, como a las once, pasaron a recogernos unos amigos. Así, con él callado a la mesa, habrán pasado unos veinte o veinticinco minutos y es curioso porque no resultaba incómodo estar en silencio los tres. Luego, cuando por fin nos fuimos, nos dio la mano a los dos sin hacer distinción: el mismo apretón, un apretón de manos contenido y seco y que a la vez parecía esconder la mirada de quien sabe algo secreto sobre uno, o la de alguien a quien le pesara, eso lo dijo Vera luego, saber demasiado.

Unas dos semanas después lo volvimos a ver. Estaba sentado en un portal cerca de ese mismo bar, conversando con un viejo que parecía salido de una película o de una novela distinta a la suya. Hablando los dos como si hablaran entre mundos distintos. Lo vimos sólo de pasada (él no nos vió, creo). Al día siguiente Vera y yo nos fuimos del pueblo y nunca más nos hemos cruzado con él, algo por otra parte previsible y que no tendría por qué merecer comentario salvo si acaso por esa segunda ocasión, una segunda vez que ya en sí misma era un plus, o una negación de aquella primera donde ya habíamos pensado los dos, Vera y yo, que nunca más sabríamos nada de él, nada más allá de lo que dijo sobre sí mismo esa noche. Y de momento ese nunca —que siempre es caducable, claro— lleva ya en vigencia cuatro o cinco veranos, solemos pasar siempre unos días allí cada agosto y hasta ahora ni sombra.

A Vera, no sé si a sabiendas de que a mí la broma me turba, se le ha quedado el hábito de jugar con aquello de ¿Quieres que te diga algo que importa, quieres? Pues te digo, te lo digo. Tienes una mujer muy atractiva, mírame: soy bella ¿lo sabías?

EL GRAN ANDÉN

Trenes que se adueñan de la ciudad poco a poco. Un gran andén. Una estación de donde parten todos los caminos, una estación para perderse y para que nos pierdan de vista, para olvidarse y que se olviden de uno y desde donde puede tomarse cualquier ruta, una estación llena de túneles. De túneles que a su vez conducen a otros túneles. Que desembocan en alguno de los puertos de tanta tierra horadada, transitable. Túneles habitados a veces por ratas. Cualquier destino asequible, un ramillete de destinos a la mano. Cualquiera de las rutas que surcan como cicatrices el mapa de Europa, de esos hilos de hierro en la red que atraviesa ciudades y de cuando en cuando algún bosque y cruza sobre los ríos y los campos de cultivo: atrás van quedando surcos de lavanda, de trigo, esos terrenos que siempre parecen extraños donde crecen olivos o vides. Troncos que parecen muertos. Girasoles.

Una estación para perderse o encontrar el rumbo o buscarlo, pizarras llenas de números que no dicen nada hasta tanto no se arriba billete en mano al andén (un andén enorme donde nunca queda del todo claro si sea o no el correcto, si ése el tren que es o el que no), hasta tanto no se crucen los trenes con la sombra de su fantasma. Con la sombra de un desconocido. Con la sombra de

una mujer desorientada que se sacude la nieve del abrigo o que sacude un paraguas. Con las sombras de los raíles recorridos mil veces, con el punto exacto desde donde se pone el pie en el estribo del vagón y ya entonces cada vez queda menos, resta menos en una cuenta atrás que se diluye en la víspera, menos de esa cuenta regresiva para detenerse o quedarse inmóvil o simplemente quedarse, media vuelta, un billete que alguien no usará –cuenta atrás de última oportunidad, el instante del que casi nadie dispone pero cuyo goteo es fácil de oír: basta con aguzar el oído y no confundirlo con los de la impaciencia o la prisa, a veces se entremezclan y es uno solo el concierto, a veces transcurren cada uno en su ritmo como una canción a dos voces, melodías distintas confundidas en una. Notas, melodías encerradas en alguna de esas pizarras con números o en las voces que pregonan, que advierten en lengua casi siempre remota de un cambio de última hora o de atrasos, el andén 12 que será ahora en virtud de su anuncio el andén 22 o el 14.